READING PLAN

Chapter: 7

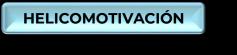


El paso del Yabebirí









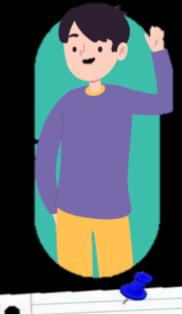


¿Qué se consigue trabajando en equipo? ¿Cuál será la diferencia principal entre trabajo en grupo y trabajo en equipo?



¿Cuál es la fortaleza de un equipo? ¿Sus diferencias o sus similitudes? Es volver a escribir
lo leído con tus
propias palabras,
pero sin cambiar el
significado.

EL PARAFRASE(



Es mejor dividir la información en oraciones para poder reescribir mejor.

Cuando empieces
reescritura
reescritura
tu
céntrate en no
céntrateseo y
parafraseo al texto
parafrases al texto
regreses al original.

MANAGE

Trata de utilizar sinónimos más apropiados para que tu texto tenga mayor validez.

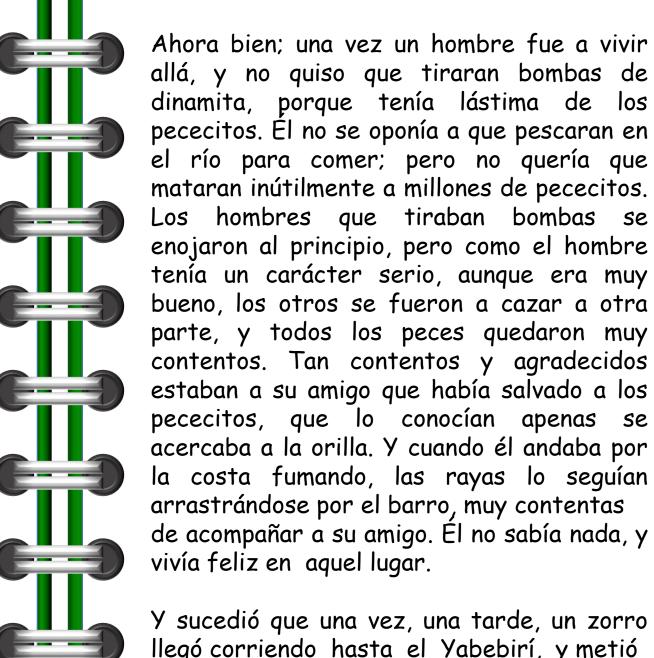
Debes leer una y otra vez el texto para comprender completamente la información.



El paso del Nabebiri

En el río Yabebirí, que está en Misiones, hay muchas rayas, porque "Yabebirí" quiere decir, precisamente, "río de las rayas". Hay tantas, que a veces es peligroso meter un solo pie en el agua. Yo conocí a un hombre a quien le picó una raya en el talón y que tuvo que caminar cojeando media legua para llegar a su casa: el hombre iba llorando y cayéndose de dolor. Es uno de los dolores más fuertes que se puede sentir.

Como en el Yabebirí hay también muchos otros peces, algunos hombres van a cazarlos con bombas de dinamita. Tiran una bomba al río, matando millones de peces. Todos los peces que están cerca mueren, aunque sean grandes como una casa. Y mueren también todos chiquitos, que no sirven para nada.



Y sucedió que una vez, una tarde, un zorro llegó corriendo hasta el Yabebirí, y metió

—iEh, rayas! irápido! Ahí viene el amigo de ustedes, herido.

Las rayas, que lo oyeron, corrieron ansiosas a la orilla. Y le preguntaron al zorro:

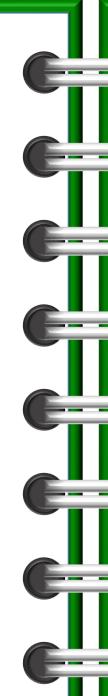
-¿Qué pasa? ¿Dónde está el hombre?

—iAhí viene! —gritó el zorro de nuevo—. iHa peleado con un tigre! iEl tigre viene corriendo! iSeguramente va a cruzar la isla! iDenle paso, porque es un hombre bueno!

—iYa lo creo! iYa lo creo que le vamos a dar paso! —contestaron las rayas—. iPero lo que es al tigre, ese no va a pasar!

—iCuidado con él! —gritó aún el zorro—iNo se olviden de que es el tigre!

y pegando un brinco, el zorro entró de nuevo en el monte. Apenas acababa de hacer esto, cuando el hombre apartó las ramas y apareció todo ensangrentado y la camisa rota.





La sangre le caía por la cara y el pecho hasta el pantalón, y desde las arrugas del pantalón, la sangre caía a la arena.

Avanzó tambaleando hacia la orilla, porque estaba muy herido, y entró en el río. Pero apenas puso un pie en el agua, las rayas que estaban amontonadas se apartaron de su paso, y el hombre llegó con el agua al pecho hasta la isla, sin que una raya lo picara. Y conforme llegó, cayó desmayado en la misma arena, por la gran cantidad de sangre que había perdido.

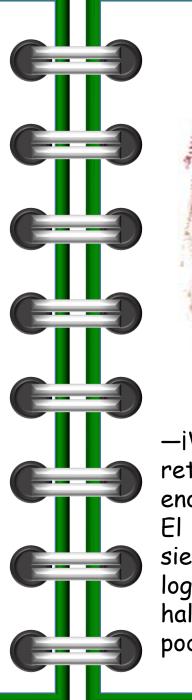
Las rayas no habían aún tenido tiempo de compadecer del todo a su amigo moribundo, cuando un terrible rugido les hizo dar un brinco en el agua.

—iEl tigre! iEl tigre! —gritaron todas, lanzándose como una flecha a la orilla. En efecto, el tigre que había peleado con el hombre y que lo venía persiguiendo había llegado a la costa del Yabebirí.

El animal estaba también muy herido, y la sangre le corría por todo el cuerpo. Vio al hombre caído como muerto en la isla, y lanzando un rugido de rabia, se echó al agua, para acabar de matarlo. Pero apenas hubo metido una pata en el agua, sintió como si le hubieran clavado ocho o diez terribles clavos en las patas, y dio un salto atrás: eran las rayas, que defendían el paso del río, y le habían clavado con toda su fuerza el aguijón de la cola.

El tigre quedó roncando de dolor, con la pata en el aire; y al ver toda el agua de la orilla turbia como si removieran el barro del fondo, comprendió que eran las rayas que no lo querían dejar pasar. Y entonces gritó enfurecido:

- —iAh, ya sé lo que es! iSon ustedes, malditas rayas! iSalgan del camino!
- —iNo salimos! —respondieron las rayas.
- —iSalgan!
- —iNo salimos! iÉl es un hombre bueno! iNo hay derecho para matarlo!
- —iÉl me ha herido a mí!
- —iLos dos se han herido! iEsos son asuntos de ustedes en el monte! iAquí está bajo nuestra protección!... iNo se pasa!
- —iPaso! —rugió por última vez el tigre.
- —iNI NUNCA! —respondieron las rayas. (Ellas dijeron "ni nunca" porque así dicen los que hablan guaraní, como en Misiones).





—iVamos a ver! —bramó aún el tigre. Y retrocedió para tomar impulso y dar un enorme salto.

El tigre sabía que las rayas están casi siempre en la orilla; y pensaba que si lograba dar un salto muy grande acaso no hallara más rayas en el medio del río, y podría así comerse al hombre moribundo.

Pero las rayas lo habían adivinado y corrieron todas al medio del río, pasándose la voz:

—iFuera de la orilla! —gritaban bajo el agua—.

iAdentro! iA la canal! iA la canal iA la canal! Y, en un segundo, el ejército de rayas se precipitó río adentro, a defender el paso, a tiempo que el tigre daba su enorme salto y caía en medio del agua. Cayó loco de alegría, porque en el primer momento no sintió ninguna picadura, y creyó que las rayas habían quedado todas en la orilla, engañadas...

Pero apenas dio un paso, una verdadera lluvia de aguijonazos, como puñaladas de dolor, lo detuvieron en seco: eran otra vez las rayas, que le acribillaban las patas a picaduras. El tigre quiso continuar, sin embargo; pero el dolor eran tan atroz, que lanzó un alarido y retrocedió corriendo como loco a la orilla. Y se echó en la arena

de costado, porque no podía más de sufrimiento; y la barriga subía y bajaba como si estuviera cansadísimo.

Lo que pasaba es que el tigre estaba envenenado con el veneno de las rayas.



Pero aunque habían vencido al tigre las rayas no estaban tranquilas porque tenían miedo de que viniera la tigra y otros tigres, y otros muchos más... Y ellas no podrían defender más el paso. En efecto, el monte bramó de nuevo, y apareció la tigra, que se puso loca de furor al ver al tigre tirado de costado en la arena. Ella vio también el agua turbia por el movimiento de las rayas, y se acercó al río. Y tocando casi el agua con la boca, gritó:

- —iRayas! iQuiero paso!
- —iNo hay paso! —respondieron las rayas.
- —iNo va a quedar una sola raya con cola, si no dan paso!
- —rugió la tigra.
- —iAunque quedemos sin cola, no se pasa!
- —respondieron ellas.
- —iPor última vez, paso!
- —iNI NUNCA! —gritaron las rayas.



tigra, La enfurecida, había metido sin querer una pata en el agua, y una raya, acercándose despacio, acababa de clavarle todo el aguijón entre los dedos. Al bramido de dolor animal, las rayas respondieron, sonriéndose:

—iParece que todavía tenemos cola! Pero la tigra había tenido una idea, y con esa idea entre las cejas, se alejaba de allí, costeando el río aguas arriba, y sin decir una palabra. Mas las rayas comprendieron también esta vez cuál era el plan de su enemigo.

El plan de su enemigo era este: pasar el río por otra parte, donde las rayas no sabían que había que defender el paso. Y una inmensa ansiedad se apoderó entonces de las rayas.

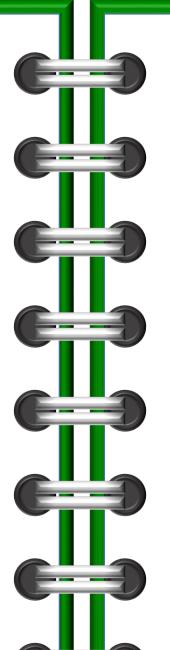
—iVa a pasar el río aguas más arriba! — gritaron—. iNo queremos que mate al hombre! iTenemos que defender a nuestro amigo!

Y se revolvían desesperadas entre el barro, hasta enturbiar el río.

—iPero qué hacemos! —decían—. Nosotras no sabemos nadar rápido... iLa tigra va a pasar antes de que las rayas de allá sepan que hay que defender el paso a toda costa!

Y no sabían qué hacer. Hasta que una rayita muy inteligente, dijo de pronto:

—iYa está! iQue vayan los dorados! iLos dorados son amigos nuestros! iEllos nadan más rápido que nadie!



—iEso es! —gritaron todas—. iQue vayan los dorados!

Y en un instante la voz pasó y en otro instante se vieron ocho o diez filas de dorados, un verdadero ejército de dorados que nadaban a toda velocidad aguas arriba, y que iban dejando surcos en el agua, como los torpedos.

A pesar de todo, apenas tuvieron tiempo de dar la orden de cerrar el paso a los tigres; la tigra ya había nadado, y estaba ya por llegar a la isla. Pero las rayas habían corrido ya a la otra orilla, y en cuanto la tigra hizo pie, las rayas se abalanzaron contra sus patas, deshaciéndolas a aguijonazos. El animal, enfurecido y loco de dolor, bramaba, saltaba en el agua, hacía volar nubes de agua a manotones. Pero las rayas continuaban precipitándose contra sus patas, cerrándole el paso de tal modo, que la tigra dio vuelta, nadó de nuevo y

Fue a echarse a su vez a la orilla, con las cuatro patas monstruosamente hinchadas; por allí tampoco se podía ir a comer al hombre. Mas las rayas estaban también muy cansadas. Y lo que es peor, el tigre y la tigra habían acabado por levantarse y entraban en el monte. ¿Qué iban a hacer? Esto tenía muy inquietas a las rayas, y tuvieron una larga conferencia. Al fin dijeron:

—iYa sabemos lo que es! Van a ir a buscar a los otros tigres y van a venir todos. Van a venir todos los tigres y van a pasar!

—iNI NUNCA! —gritaron las rayas más jóvenes y que no tenían tanta experiencia. —iSí, pasarán, compañeritas! —respondieron tristemente las más viejas—. Si son muchos acabarán por pasar... Vamos a consultar a nuestro amigo. Y fueron todas a ver al hombre, pues no habían tenido tiempo aún de hacerlo, por defender el paso del río.



El hombre estaba siempre tendido, porque había perdido mucha sangre, pero podía hablar y moverse un poquito. En un instante las rayas le contaron lo que había pasado, y cómo habían defendido el paso a los tigres que lo querían comer. El hombre herido se enterneció mucho con la amistad de las rayas que le habían salvado la vida, y dio la mano con verdadero cariño a las rayas que

estaban más cerca de él. Y dijo entonces:

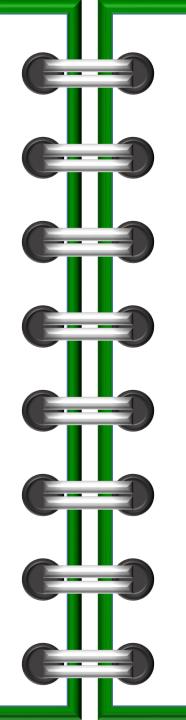
—iNo hay remedio! Si los tigres son muchos, y quieren pasar, pasarán...

—iNo pasarán! —dijeron las rayas chicas—. iUsted es nuestro amigo y no van a pasar!

—iSí, pasarán, compañeritas!— dijo el hombre. Y añadió hablando en voz baja: —El único modo sería mandar a alguien a casa a buscar el Winchester con muchas balas... pero yo no tengo ningún amigo en el río, fuera de los peces... y ninguno de ustedes sabe andar por la tierra.

-¿Qué hacemos entonces? —dijeron las rayas ansiosas.

-A ver, a ver... —dijo entonces el hombre, pasándose la mano por la frente, como si recordara algo—. Yo tuve un amigo... un carpinchito que se



crio en casa y que jugaba con mis hijos... Un día volvió otra vez al monte y creo que vivía aquí, en el Yabebirí... pero no sé dónde estará... Las rayas dieron entonces un grito de alegría:

—iYa sabemos! iNosotros lo conocemos! iTiene su guarida en la punta de la isla! iÉl nos habló una vez de usted! iLo vamos a mandar a buscar en seguida! Y dicho y hecho: un dorado muy grande voló río abajo a buscar al carpinchito; mientras el hombre disolvía una gota de sangre seca en la palma de la mano, para hacer tinta, y con una espina de pescado, que era la pluma, escribió en una hoja seca, que era el papel. Y escribió esta carta:

«Mándenme con el carpinchito el Winchester y una caja entera de veinticinco balas...» Apenas acabó el hombre de escribir, el monte entero tembló con un sordo rugido: eran todos



los tigres que se acercaban a entablar la lucha. Las rayas llevaban la carta con la cabeza afuera del agua para que no se mojara, y se la dieron al carpinchito, el cual salió corriendo por entre el pajonal a llevarla a la casa del hombre. No quedó raya en todo el Yabebirí que no recibiera orden de concentrarse en las orillas del río, alrededor de la isla.

De todas partes, de entre las piedras, de entre el barro, de la boca de los arroyitos, de todo el Yabebirí entero, las rayas acudían a defender el paso contra los tigres. Y por delante de la isla, los dorados cruzaban y recruzaban a toda velocidad.

Ya era tiempo, otra vez; un inmenso rugido hizo temblar el agua misma de la orilla, y los tigres desembocaron en la costa. Eran muchos; parecía que todos los tigres de Misiones estuvieran allí. Pero el Yabebirí entero hervía también de rayas, que se lanzaron a la orilla, dispuestas a defender a todo trance el paso.

- —iPaso a los tigres!
- —iNo hay paso! —respondieron las rayas.

Y ya era tiempo, porque los rugidos, aunque lejanos aún, se acercaban velozmente. Las rayas reunieron entonces a los dorados que estaban esperando órdenes, y les gritaron:

—iRápido, compañeros! iRecorran todo el río y den la voz de alarma! iQue todas las rayas estén prontas en todo el río! iQue se encuentren todas alrededor de la isla! iVeremos si van a pasar! Y el ejército de dorados voló en seguida, río arriba y río abajo, haciendo rayas en el agua con la velocidad que llevaban.

- —iPaso, de nuevo!
- —iNo se pasa!
- —iNo va a quedar raya, ni hijo de raya, ni nieto de raya, si no dan paso!
- —iEs posible! —respondieron las rayas—. iPero ni los tigres ni los hijos de tigres ni los nietos de tigres, ni todos los tigres del mundo van a pasar por aquí!

Así respondieron las rayas. Entonces los tigres rugieron por última vez:

- -iPaso pedimos!
- -iNI NUNCA!



Y la batalla comenzó entonces. Con un enorme salto los tigres se lanzaron al agua. Y cayeron todos sobre un verdadero piso de rayas. Las rayas les acribillaron las patas a aguijonazos, y a cada herida los tigres lanzaban un rugido de dolor. Pero ellos se defendían a zarpazos, manoteando como locos en el agua. Y las rayas volaban por el aire con el vientre abierto por las uñas de los tigres.

El Yabebirí parecía un río de sangre. Las rayas morían a centenares, pero los tigres recibían también terribles heridas, y se retiraban a tenderse y bramar en la playa, horriblemente hinchados. Las rayas, pisoteadas, deshechas por las patas de los tigres, no desistían; acudían sin cesar a defender el paso. Algunas volaban por el aire, volvían a caer al río, y se precipitaban de nuevo contra los tigres. Media hora duró esta lucha terrible. Al cabo de esa media hora, todos los tigres estaban otra vez en la playa, sentados de fatiga y rugiendo de dolor; ni uno solo había pasado. Pero las rayas estaban también deshechas de cansancio. Muchas, muchísimas habían muerto. Y las que quedaban vivas dijeron:

—No podremos resistir dos ataques como este. iQue los dorados vayan a buscar refuerzos! iQue vengan en seguida todas las rayas que haya en el Yabebirí! Y los dorados volaron otra vez río arriba y río abajo, e iban tan rápido que dejaban surcos en el agua, como los torpedos.

Las rayas fueron entonces a ver al hombre.
—iNo podremos resistir más! —le dijeron
tristemente las rayas. Y aun algunas rayas
lloraban, porque veían que no podrían salvar
a su amigo.

—iVáyanse, rayas! —respondió el hombre herido—. iDéjenme solo! iUstedes han hecho ya demasiado por mí! iDejen que los tigres pasen!

—iNI NUNCA! —gritaron las rayas en un solo clamor-.iMientras haya una sola raya viva en el Yabebirí, que es nuestro río, defenderemos al hombre bueno que nos defendió antes a nosotras!

El hombre herido exclamó entonces, contento:

—iRayas! iYo estoy casi por morir, y apenas puedo hablar; pero yo les aseguro que en cuanto llegue el Winchester, vamos a tener farra para largo rato; esto yo se lo aseguro a ustedes!

—iSí, ya lo sabemos! —contestaron las rayas entusiasmadas. Pero no pudieron terminar de hablar porque la batalla

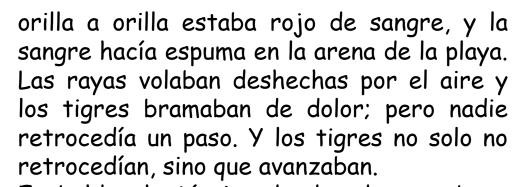
recomenzaba. En efecto, los tigres, que ya habían

descansado, se pusieron bruscamente en pie, y agachándose

como quien va a saltar, rugieron:

—iPor última vez, y de una vez por todas: ipaso!

—iNI NUNCA! —respondieron las rayas lanzándose a la orilla. Pero los tigres habían saltado a su vez al agua y recomenzó la terrible lucha. Todo el Yabebirí, ahora de



En balde el ejército de dorados pasaba a toda velocidad río arriba y río abajo, llamando a las rayas: las rayas ya no estaban; todas estaban luchando frente a la isla y la mitad había muerto ya y las que quedaban estaban todas heridas y sin fuerzas. Comprendieron entonces que no podrían sostenerse un minuto más, y que los tigres pasarían; y las pobres rayas, que preferían morir antes que entregar a su amigo, se lanzaron por última vez contra los tigres. Pero ya todo era inútil. Cinco tigres nadaban ya hacia la costa de la isla. Las rayas, desesperadas, gritaron:

—iA la isla! iVamos todas a la otra orilla!

Pero también esto era tarde: dos tigres más se habían echado a nado, y en un instante todos los tigres estuvieron en medio del río, y no se veía más que sus cabezas.

Pero también en ese momento un animalito, un pobre animalito colorado y peludo cruzaba nadando a toda fuerza el Yabebirí: era el carpinchito, que llegaba a la isla llevando el Winchester y las balas en la cabeza para que no se mojaran.

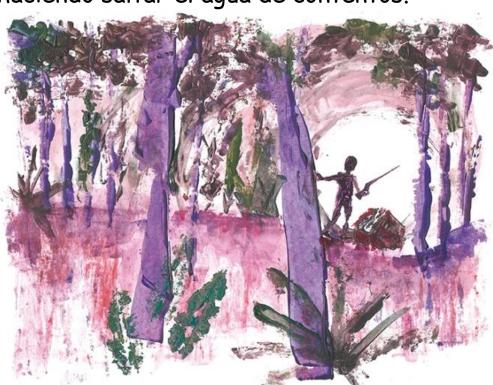


El hombre dio un gran grito de alegría, porque le quedaba tiempo para entrar en defensa de la rayas. Le pidió al carpinchito que lo empujara con la cabeza para colocarse de costado porque él

solo no podía; y ya en esta posición cargó el Winchester con la rapidez de un rayo. Y en el preciso momento en que las rayas, desgarradas, aplastadas, ensangrentadas, veían con desesperación que habían perdido la batalla y que los tigres iban a devorar a su pobre amigo herido, en ese momento oyeron un estampido, y vieron que el tigre que iba delante y pisaba ya la arena, daba un gran salto y caía muerto, con la frente agujereada de un tiro.

—iBravo, bravo! —clamaron las rayas, locas de contentas—. iEl hombre tiene el Winchester! iYa estamos salvadas! Y enturbiaban toda el agua verdaderamente locas de alegría. Pero el hombre proseguía tranquilo tirando, y cada tiro era un nuevo tigre muerto. Y a cada tigre que caía muerto lanzando un rugido, las rayas respondían con grandes sacudidas de la cola.

Uno tras otro, como si el rayo cayera entre sus cabezas, los tigres fueron muriendo a tiros. Aquello duró solamente dos minutos. Uno tras otro se fueron al fondo del río, y allí las palometas los comieron. Algunos boyaron después, y entonces los dorados los acompañaron hasta el Paraná, comiéndolos, y haciendo saltar el agua de contentos.



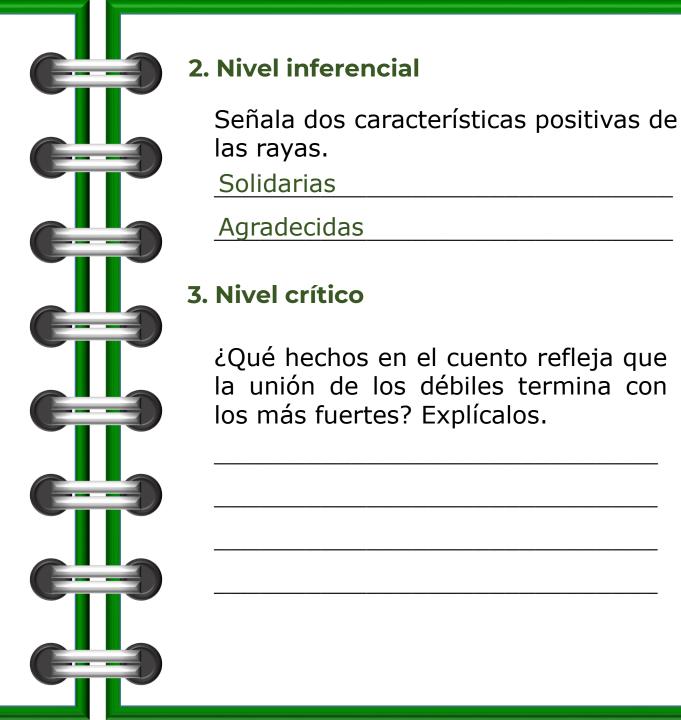
En poco tiempo las rayas, que tienen muchos hijos, volvieron a ser tan numerosas como antes. El hombre se curó, y quedó tan agradecido a las rayas que le habían salvado la vida, que se fue a vivir a la isla. Y allí, en las noches de verano le gustaba tenderse en la playa y fumar a la luz de la luna, mientras las rayas, hablando despacito, se lo mostraban a los peces que no lo conocían, contándoles la gran batalla que, aliadas a ese hombre, habían tenido una vez contra los tigres.

ACTIVIDAD N.º 7

1. Nivel literal

Relaciona.

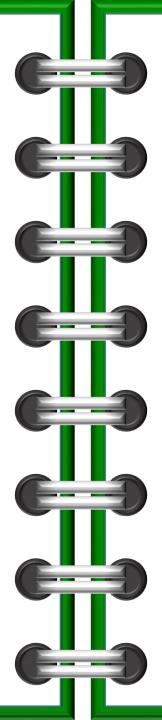
- a. Carpinchito
- b. Dorados
- c. Tigre
- d. Zorro
- e. Rayas
- (d) Avisó a las rayas del grave estado del hombre.
- (e) Animales cuya picazón es muy dolorosa.
- (a) Trajo el Winchester con las balas.
- (**b**) Nadan muy bien río abajo por ser ligeros.
- (c) Vive en el monte y es muy feroz.



4. Nivel creativo

Elabora un acróstico que resalte las características de este valor.

G _	
Τ.	
I _	
Τ.	
U .	
D	



5. Fortalecimiento personal

¿Tienes familiares o amigos por los cuáles sentirte agradecido? ¿Qué cualidades debe tener una persona para que te sientas agradecido con esta?

Relatos para hacer volar la imaginación

